

Sobre el concepto de agresión en el pensamiento de Herbert Marcuse

About the concept of aggression in the thinking of Herbert Marcuse

Juan Brando

Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina
alejandrobando@yahoo.com.ar

Resumen

El presente trabajo se ocupa del pensamiento de Herbert Marcuse en lo que atañe al concepto de agresividad. Marcuse enfoca sus preocupaciones en las manifestaciones de agresividad que se producen en la llamada "sociedad opulenta" y que son consecuencia de la modernización social y el avance del sistema social capitalista. Este último es creador de condiciones de frustración, promotoras de una agresividad contenida que a veces encuentra vías insospechadas de expresión. La racionalidad tecnológica y la "represión excedente" que caracteriza a los modos de vida modernizados propician la existencia de una sociedad crecientemente agresiva. Las soluciones para este estado cosas advendrían, según el autor, de la propia crisis y de la reacción de los pueblos supuestamente atrasados, quienes podrían tomar conciencia sobre la necesidad de nuevas formas de organización social.

Palabras Claves: agresión; frustración; sociedad opulenta; modernización; capitalismo

Abstract

This work attempts to study the concept of aggression in the optic of the philosopher Herbert Marcuse. This concept is related to the called "opulent society", the consequences of social modernization and the advance of capitalist social system. Technological rationality and "exceeding repression" allow the existence of peculiar kinds of aggression in contemporary society. Solutions might come from the reaction of poor populations and its demands for new social-ways of life.

Keywords: aggression; opulent society; modernization; capitalism; defeat

Sería atinado considerar a Herbert Marcuse como un filósofo que recupera algunas tesis de la psicología de Freud, concernientes a la postulación de un principio erótico que es reprimido por la formación social. André Verguez, en uno de sus libros sobre Marcuse, observa que

"la teoría de Freud se inscribe dentro del pensamiento crítico y negativo. Y ello porque el método sicoanalítico tiene precisamente el efecto de... revelar el mundo de las pulsiones que la civilización reprime y empuja hacia el inconsciente, de poner en claro que la enfermedad mental es un modo de protesta contra la represión en el lenguaje enigmático de los síntomas. Al explotar las profundidades seretas de la



memoria, el psicoanálisis descubre todos los secretos ocultos que la sociedad de ayer y hoy han reprimido".(1)

En lo que sigue trataremos de escudriñar algunas ideas de Herbert Marcuse acerca de la agresividad. En una conferencia intitulada "*Libertad y agresión en la sociedad tecnológica*", Marcuse pretende describir las implicancias políticas del uso de la tecnología, en un sentido represivo que procura corromper las formas humanas de existencia. La satisfacción de necesidades materiales tal como se ofrece en la sociedad opulenta está inscrita en un sistema que se autopreserva a través de la perpetuación de las formas cerriles y anticuadas de lucha por la existencia. Las libertades y satisfacciones aparentes que presenta la sociedad opulenta no son otra cosa que modos de regresión de las potencialidades y energías instintivas del hombre, que se vuelven en su contra, resultando de eso "*una profunda frustración, un odio penetrante bajo la felicidad relativa y la superficie de aparente satisfacción de la 'sociedad opulenta' (...) y una reacción en el sentido de una notable activación de la agresividad que impregna la sociedad tecnológica*".(2) La agresividad debe estar supeditada a las necesidades de la energía erótica para ser favorable a los intereses vitales. De otro modo, el desequilibrio entre las fuerzas instintuales conduce a la destrucción.

Marcuse intenta describir un fenómeno de "*agresividad tecnológica*" cuya peculiaridad es la de situar entre el organismo humano y el blanco de agresión, maquinarias y objetos técnicos. La interferencia de esta clase de objetos genera frustración, repetición e incremento de la agresividad, que se manifiesta en ciertas formas de acción política. Para preservarse a sí mismo y evitar que proliferen las verdaderas potencialidades, el sistema busca la identificación de un enemigo común cuya sevicia se infla y exagera al máximo: "*con esta imagen extremadamente dilatada, impuesta cotidianamente a la población, el enemigo proporciona las razones para que se movilicen todos los recursos existentes en defensa del statu quo*".(3) Según Marcuse, esa movilización de recursos acontece en formas democráticas y pluralistas, en un contexto de productividad creciente y mejora del nivel de vida de la población. Tal estado de bienestar se encuentra, a su entender, vinculado estrechamente con expresiones de agresividad ampliamente difundidas en los medios sociales actuales:

"opino que en los sectores avanzados de la sociedad industrial actual, la tendencia se dirige hacia un estado de bienestar total que parece ser inseparable de un estado de guerra. No se observa ninguna evidencia que indique que la sociedad opulenta sea capaz de sostenerse a sí misma y de crecer sin las tendencias agresivas que muestra en la actualidad en forma tan obvia".(4)

Marcuse no desdeña, aparentemente, la importancia de la agresividad natural y su orientación para fines sociales benéficos. No obstante, el vigente usufructo de esa agresividad para la perpetuación de una sociedad inhibidora de la liberación, parece tener, en su opinión, un futuro enigmático.

En la segunda de la serie de tres conferencias, Marcuse introduce la cuestión acerca de cómo el adelanto técnico promueve formas de comportamiento autoritarias, recibidas pasivamente por parte de la población inducida: *“la racionalidad del aparato altamente mecanizado consiste en reducir, dentro del proceso de producción, distribución y consumo, la capacidad de iniciativa y espontaneidad individuales”*.⁽⁵⁾ Recuperando una idea atribuida a Max Weber, Marcuse admite que la racionalidad tecnológica es connivente con formas de organización política que se caracterizan por la pobreza cuantitativa de los actores que toman las decisiones, y un grado creciente de irracionalidad. De suerte que mientras el discurso de la ciencia se basa en patrones cada vez más racionales, la toma de decisiones a nivel político puede depender del arbitrio de *“personalidades accidentales”*.

El cambio entre las formas de control político y técnico informa la dinámica expansionista de la sociedad tecnológica. La eficacia del aparato técnico con su repercusión en la producción de bienes sofisticados, es indispensable para las formas de dominio ejercidas por los líderes políticos, prohijadoras de la agresividad en el sentido de una represión de las fuerzas potencialmente liberadoras:

“en las sociedades tecnológicas capitalistas la contradicción básica, el conflicto entre la vasta riqueza social en aumento y las amplias capacidades también en aumento, de dominio de la naturaleza, por una parte, y por otra el uso represivo que se hace de la riqueza y del dominio, engendra una profunda agresividad no sólo a nivel social sino también individual”.⁽⁶⁾

Marcuse destaca como un fenómeno nuevo el de las relaciones entre el expansionismo económico presente en la sociedad opulenta, y la agresividad y las tendencias destructivas que le son propias. La estructura mental de los individuos se conforma a la impulsividad y exteriorización de la agresión, en la medida en que *“la pérdida de autonomía física y mental que implica la mecanización y estandarización de la producción y el consumo se convierte en esclavitud tecnológica cada vez que el aparato perpetúa y reproduce las formas represivas del trabajo”*.⁽⁷⁾ El punto es que las fuerzas esclavizadas, resultantes de la torsión de fuerzas liberadoras, aumentan la agresividad social y las prácticas destructivas que resultan, a fin de cuentas, beneficiosas para la preservación de la sociedad opulenta.

La llamada *“sociedad opulenta”* que se distingue por una amplia capacidad técnica reflejada en la posibilidad de producir artículos superfluos, el aumento en el nivel de vida de las poblaciones, alta concentración de los poderes económicos y políticos, y desarrollo de las disciplinas científicas que propenden al control de las conductas individuales y grupales. Los conflictos sociales están, luego, determinados por esta base sociológica, en tanto su *“funcionamiento normal”*: la *“normalidad”* en este caso, aparece definida en términos sociales e institucionales. La voluntad de hacer que un individuo se adapte a sus circunstancias sociales sería una tentativa de *“normalización”*. Empero,

“intentar (...) hacerle normal para vivir esa condición significaría esas tensiones y conflictos, o, para decirlo más crudamente, capacitarle para ser un enfermo, para que viva su enfermedad como salud, sin que sea consciente de que está enfermo precisamente cuando se considera a sí mismo y es considerado por los demás como sano y normal”.(8)

Ocurre que, en muchas ocasiones, el funcionamiento reputado como normal puede coincidir con elementos de una humanidad distorsionada o mutilada. Marcuse se interroga: *“El individuo que funciona normal, adecuada y saludablemente como ciudadano de una sociedad enferma ¿no es un enfermo?”*(9) y esto introduce el problema de la creación de un concepto conservador de las cualidades que son reprimidas por la salud apócrifa de la sociedad enferma. Ahora bien, ¿cuándo puede decirse que una sociedad está enferma?: cuando su estructura no permite el uso de los recursos para el desarrollo de las necesidades individuales, o bien, una máxima discrepancia entre las condiciones potenciales y reales. A una mayor brecha en esas condiciones, puede observarse un grado mayor de *“súper-represión”*, exceso exigido, no ya por las condiciones de preservación de la civilización, sino por intereses que propenden a mantener un cierto orden. Es el caso que, en la *“sociedad opulenta”* contemporánea, es muy grande la discrepancia entre las formas de existencia y las posibilidades de la libertad humana, lo que hace que *“a fin de prevenir un estallido”, la sociedad tenga que “asegurar una coordinación mental de los individuos más efectiva: tanto en sus dimensiones inconscientes como en las conscientes, la psique es sometida a una manipulación y control sistemáticos”.*(10) La súper-represión no compromete necesidades sociales experimentadas en forma individual y concreta: obedece más bien a ‘tendencias’ o ‘fuerzas’ que pueden ser localizadas por el análisis de la sociedad en cuestión y que terminan por imponerse incluso si los artífices de la política no son conscientes de ellas. Se trata de exigencias de índole económico y político que aseguran un sistema de relaciones determinado por un *“aparato”* técnico de dominación. Las tendencias objetivas, estructurales, asimilan los intereses individuales sin un daño durable en el caso en que se den condiciones normales de cohesión social. Tal relación de determinación persiste, a no ser que se modifique por la emergencia de una revolución, y ocurre, hasta cierto punto, a espaldas de los individuos.

Marcuse se pregunta: ¿Para qué, y de parte de quién, se ejerce esta manipulación y control del interés individual?, admitiendo que *“el objetivo general propuesto es reconciliar al individuo con el tipo de existencia que su sociedad le impone”.*(11) La súper-represión prescribe la necesidad de una *“catexis libidinal”* de mercancías, diversiones y símbolos del status social, lo que conduce a estandarizar las necesidades individuales y a conferirles una fuerza instintiva. Ese tipo de controles no se encuentran centralizados en un lugar ostensible, sino que están esparcidos por toda la sociedad, e incluso son ejercidos y afianzados por ciertas disciplinas científicas. De esta suerte, la *“sanidad”* en que puede

encontrarse un individuo en su sociedad es siempre un parámetro social: aún cuando esa sanidad ayuda al individuo para una convivencia satisfactoria, no deja de presentar las marcas de una mutilación, una represión autoimpuesta y una abrogación de su libertad, lo que finalmente conduce a un fomento de la agresividad. La solución para este estado de cosas no podría ser de tesitura individual, aunque los partidarios individuales bien pudieran ser un preámbulo para la solución real: *“la solución sólo puede entretenerse en el plano político, en la ‘lucha contra la sociedad’”*.(12) La conflictividad ínsita en la sociedad opulenta inhibe el desarrollo individual al crear en los individuos necesidades y tendencias que los enfrentan consigo mismos, incrementando su auto-represión.

Asimismo, la creciente automatización del trabajo toma cada vez más insustancial la idea de *“lucha por la existencia”*, lo que abre la perspectiva de una sociedad futura que ya no necesite de las formas de trabajo alienado, resultando de ello un panorama incierto.

La automatización previene, no sólo la perpetuación en el tiempo de formas de trabajo anticuadas y estrictamente innecesarias, sino también la planificación exhaustiva del tiempo libre. Las formas de trabajo no alienadas representan, para el sistema establecido, el peligro de que la población *“pueda sentirse impulsada a trabajar por una vida muy diferente y en relaciones muy distintas, que pueda proponerse diferentes fines y valores, que le sea posible vivir con una moralidad muy distinta: tal es la ‘negación definida’ del sistema establecido, la alternativa liberadora”*.(13) Marcuse sugiere que esa situación sería feraz para la transformación de las formas de trabajo y de vida urbanizada, lo que conllevaría la supresión de los intereses dominantes acordes con la empresa privada, la economía del mercado y la política de preparación militar.

No obstante, hay fuerzas regresivas que tienden a evitar esas transformaciones, incrementando la agresividad que, sublimada, se vuelve útil para el comportamiento individual en sociedad:

“la energía destructiva se convierte en energía agresiva socialmente útil, y el comportamiento agresivo impulsa el crecimiento: el crecimiento del poder económico, político y técnico (...) en la actividad económica y en la de la nación como totalidad están inextricablemente unidos los logros constructivos y los destructivos, el trabajo para la vida y el trabajo para la muerte, la procreación y el asesinato”.(14)

La agresión destructiva y la energía erótica en tanto impulsos opuestos, pero convertibles, son, en términos de Marcuse, no otra cosa que *“vehículos mentales y orgánicos de la civilización”*: mientras la agresión apunta a la destrucción y la muerte, la energía erótica preserva la vida.

En la sociedad opulenta, hay una contradicción entre las potencialidades para nuevas formas de libertad y el uso de esas mismas potencialidades a los fines represivos. La movilización militar es un fenómeno que ejemplifica la ingente agresividad de esta sociedad. Esa agresividad se nutre, al parecer, de varias fuentes, entre las que Marcuse

cita la deshumanización del proceso de producción y consumo, y las condiciones de hacinamiento, contaminación y falta de privacidad en la sociedad de masas. Hay, por otra parte, una relación entre la militarización de la sociedad y el papel de los medios de comunicación que nutren a la opinión pública: *“la brutalización del lenguaje y de la imagen, la presentación del asesinato, el incendio, el envenenamiento y la tortura se realiza en un estilo natural”*.(15) Esto conlleva una habituación psicológica a la guerra, por parte de una población que desconoce la experiencia bélica y toma contacto con ella a través del dato cuantificado y la imagen: *“las fotos que aparecen en los diarios y revistas de circulación masiva muestran, a menudo en colores primorosos y brillantes, filas de prisioneros, tumbados o de pie, dispuestos para ser ‘interrogados’, niños pequeños arrastrados por el suelo tras carros blindados y mujeres mutiladas”*.(16) A pesar de su pretendida neutralidad, el lenguaje de enunciación de la agresión dirige un vocabulario de odio y estigmatización para los supuestos enemigos del sistema, tanto sean líderes de izquierdas, *beatniks* o militantes juveniles. Ese vocabulario amañado funciona con el esquema de la identidad de los contrarios: paz, en boca del enemigo, significa guerra. Esto obedece a todos los tropos cerca del ciclo de la agresión, la proyección y la demonización de los enemigos: *“organizado de esta forma discriminatoria, el vocabulario define a priori al enemigo como malo en su totalidad y en todas sus acciones e intenciones”*.(17) Este tipo de operaciones discursivas va de consuno con el fomento de la guerra como forma de sustento de un sistema político y económico que de otro modo colapsaría: *“los miles de millones de dólares gastados en el esfuerzo de una guerra son un estímulo (o remedio) tanto político como económico: una manera, a lo grande, de absorber parte del excedente económico y mantener a raya a la gente”*.(18)

Marcuse acepta que el uso social de la agresividad constituye un vehículo de progreso para las civilizaciones. En la sociedad opulenta, se advierte claramente que hay un desequilibrio a favor de fuerzas destructivas no controladas. La automatización lleva a la disminución de las formas de trabajo físico, lo que atentaría contra la pervivencia de los modos de producción capitalista, a lo que el sistema responde incrementando la producción y el consumo de bienes prescindibles. La absurdidad de tal sistema se refleja en frustración y aumento de la agresividad. El individuo cada vez más agresivo y a la vez más dócil, es acuñado por una sociedad enferma que lo ajusta dificultosamente a sus patrones de normalidad, en virtud del reaseguro de la satisfacción de sus necesidades instintuales. Todo este cuadro resulta en que no se tengan escrúpulos al gastar pingües cantidades de dinero en técnicas de destrucción, que nos se gastarían de ninguna manera en algún proyecto constructivo. Asimismo Marcuse describe un fenómeno de *“agresión tecnológica”* por el cual la agresión se ejerce a través de la *“mediación”* de un mecanismo automatizado. Ocurre que *“delegando la destrucción en un objeto a grupo y sistema de objetos más o menos automatizados, la satisfacción instintiva de la persona humana es*

‘interrumpida’, reducida, frustrada, supersublimada. Y semejante frustración lleva a la repetición y la escalada: violencia, rapidez y alcance dilatado cada vez mayores’.(19) Esto comporta un debilitamiento de los sentimientos de responsabilidad personal, convirtiendo al individuo en el instrumento de burocracias, administraciones y organizaciones de toda índole, destruyéndose las auténticas formas inhibitorias individuales contra la agresión. En suma, *“cuanto más eficaz y ‘tecnológica’ se vuelve la agresión, menos apta resulta para satisfacer y apaciguar los impulsos primarios, y más tiende a la repetición y la escalada”.*(20)

En la concepción de Marcuse, hay una diferencia considerable entre las formas primitivas y las formas tecnológicas de agresión. Mientras las primeras exigen una participación del cuerpo y con, en algunos casos, una prolongación del mismo, las otras exigen a sus constructores y usuarios de la imputación de criminales. Otrosí, la agresión tecnológica *“libera una dinámica mental que agrava las tendencias destructivas, antieróticas, del complejo puritano. Los nuevos sistemas de agresiones destruyen sin manchar las manos, sin ensuciar el cuerpo, sin incriminar la mente. El asesino permanece limpio, tanto física como mentalmente”.*(21) La disminución de las responsabilidades como carácter prominente de la sociedad agresiva vuelve obsoleto el valor de la verdad, ante la cual los medios de comunicación tienen cada vez menos respeto, puesto que mezclan *“verdades y medias verdades con omisiones, informaciones de hechos con comentarios y juicios de valor, información con publicidad y propaganda, todo ello unificado al elevarlo al terreno de los editoriales”.*(22) El deslavazamiento del valor de la verdad asume, según Marcuse, un especial significado en el contexto de la agresión generalizada de la sociedad opulenta, en tanto la verdad atinge especialmente a la sublimación de los instintos de vida a través de la racionalidad y la autonomía: en cierta forma, la desvalorización de la verdad libera las fuerzas destructivas.

La dimensión estética también sufre el ataque de las fuerzas destructivas operantes en la sociedad agresiva opulenta. Mientras las fuerzas eróticas procuran un entorno acogedor de la felicidad, *“las prácticas mercantiles agresivas que convierten cada vez más áreas de la naturaleza protectora en instrumentos de realizaciones comerciales y de diversión, no ofenden así sólo a la belleza, sino que sofocan , además, las necesidades biológicas”.*(23)

Por otra parte, las formas normalizadas en que se ejecuta la agresión en la sociedad industrial se refleja, no sólo en el mundo de las prácticas más sencillas y cotidianas , sino incluso en las manifestaciones de los medios de comunicación de masas: *“la repetición permanente es característica: una y otra vez los mismos ‘clichés’ lanzados por los comentaristas e informadores, una y otra vez los mismos programas y declaraciones de principios profesados por los políticos”.*(24) Este fenómeno de compulsión de repetición tendría las consecuencias más funestas para la felicidad individual, puesto que *“la*

repetición constante impuesta a audiencias más o menos sojuzgadas puede ser destructiva: destruyendo la autonomía mental, la libertad de pensamiento, la responsabilidad y, conduciendo a la inercia, la sumisión y la renuncia a cambiar.(25) La satisfacción relativa que acompaña esta renuncia a la actividad intelectual autónoma es, por otra parte, *“una agresión efectiva contra el entendimiento en sus funciones críticas y socialmente perturbadoras*”.(26) De ser ciertas las hipótesis sobre un impulso irrefragable de aniquilación que puede resultar más o menos desviado, habría luego una base instintiva para los fenómenos de agresión local e interestatal.

Marcuse tematiza la forma en que las necesidades naturales de paz y quietud son vulneradas por el sistema de la sociedad opulenta, de modo que los individuos no puedan vivir en las condiciones propicias para desasirse de los pensamientos que le son introyectados. El sistema, aunque diste de presentar las condiciones que podrían considerarse proclives a un estado de felicidad, satisface ciertas necesidades que coadyuvan a consolidar un estado de cosas: *“parece sensato el que no sea muy necesario el cambio social radical cuando el sistema existente satisface las necesidades y facultades del hombre mejor que en otras épocas*”.(27) Esta satisfacción parcial de las necesidades es un factor de inhibición contra las formas posibles de cambio cualitativo revolucionario. Las iniciativas de cambio de un sistema social que se vuelve intolerable son una necesidad vital, que, no obstante, puede postergarse cuando otros han sido saldados, así como *“se puede tolerar la depauperación cultural si no se padece la natural, o, para decirlo de una manera un poco distinta, la depauperación cultural o relativa no contribuye a la formación de fuerzas revolucionarias*”.(28) Aún a sabiendas de este panorama aparentemente umbrío, Marcuse confía en que las sociedades que aún no hubiesen alcanzado el estadio opulento, podrían alumbrar formas innovadoras de organización que estén eximidas de opresión e inhumanidad: *“la oportunidad histórica permanece aunque no signifique comunismo o socialismo real o potencial (...) tal vez desarrollen formas sociales enteramente distintas que no pueden clasificarse dentro del comunismo o socialismo, ni dentro del capitalismo*”.(29) Las sociedades atrasadas podrían construir una tecnología al margen de la represión tecnológica, e.d., un sistema en el que el aparato técnico se halle en poder de *“individuos asociados*”. Estas formas de asociación se vinculan con una concepción del hombre que no lo remite a especializaciones sociales, sino que lo asume como ser humano autónomo cuya actividad *“asegura y protege los instintos vitales en contra de su adversario destructor y la perversa racionalidad de nuestro tiempo*”.(30)

Con todo, a pesar de las formas en que la sociedad opulenta inhibe el potencial revolucionario, pueden encontrarse en ella fuerzas de oposición, a las que Marcuse considera *“fermentos de cambio social*”, cuales son los focos de disidencia que encuentran

en el seno de la clase dirigente, los movimientos de reivindicación de los derechos de las minorías, y los grupos de intelectuales y jóvenes disconformes:

“la generación muestra un gran resentimiento en contra de la sociedad opulenta; los jóvenes están enfermos y cansados de someterse a los estándares de la sociedad, tanto en un sentido moral como político. La rebelión personal e instintiva, la demanda de mayor libertad individual, aún en contra de los estándares hipócritas de la sociedad opulenta, la insistencia anárquica y espontánea de la antinomia y la inconformidad, se asocian actualmente a la oposición política”.(31)

Marcuse resalta que este tipo de expresiones pueden ser factores de cambio social siempre y cuando se añadan a “fuerzas materiales mayores”. Una salvedad digna de verse es la de que en la sociedad capitalista avanzada la clase obrera no se ha visto depauperada, sino que tiende a aumentar paulatinamente su nivel de vida. Esto ha suscitado unas relaciones de cooperación de clase y de conformidad de los obreros con algunos intereses de la sociedad opulenta. De todos modos Marcuse puntualiza que

“no es el factor de depauperación sino la necesidad vital de revolución la que, de acuerdo con Marx, hace de la clase obrera el agente histórico de la transición, es decir, la existencia de una clase social con intereses y aspiraciones cualitativamente distintas, con una mentalidad diferente que, al no compartir los beneficios represivos, los intereses y las metas de la sociedad establecida, sea capaz de construir una sociedad cualitativamente distinta”.(32)

Asimismo considera que la forma de reconciliación de la teoría marxista con la realidad consiste en una reformulación de tal teoría con la situación internacional, atendiendo a la calidad de países ricos y pobres. En estos últimos, la población “*vive con la necesidad vital del cambio social radical: esta población es, verdaderamente, la negación absoluta de las bendiciones de la sociedad opulenta y en la actualidad sólo experimenta las bendiciones en su forma más destructiva y brutal*”.(33) Contrariamente, los poderes de la sociedad opulenta están interesados en el fracaso de las supracitadas iniciativas de cambio social, valiéndose para contrarrestarlas de una serie de recursos que no excluyen la guerra:

“lo que está en juego es el interés de la sociedad opulenta por evitar que otras fuerzas obtengan el control de áreas estratégicas vitales, estratégicas en el sentido político, económico y militar. La guerra se emprendió en contra de la lucha de liberación, porque si la sociedad opulenta la pierde, será la señal para que se inicien otras semejantes en áreas más cercanas”.(34)

Según Marcuse, aún cuando Marx no haya podido adivinar que las clases explotadas serían incorporadas a la sociedad industrial avanzada, presumió sin embargo formas de posible derrumbamiento del capitalismo alternativas a la de la lucha interna de clases. Basándose en los *Grundrisse* o “*Fundamentos de la crítica de la Economía Política*”, sostiene que Marx advertía en la dinámica técnica del proceso de producción una tendencia desintegradora del capitalismo: “*si la automatización llega a ser incompatible con la conservación del sistema capitalista de producción, y si la misma es una necesidad para*

dicho sistema, entonces surgirá la contradicción y explotará en la base técnica del capitalismo".(35)

Ahora bien, ¿son los fenómenos técnicos de automatización un elemento de carácter neutral? La respuesta parece ser negativa en la medida en que la automatización *"no sólo es un fenómeno técnico, sino un fenómeno que extiende su influencia a todos los sectores de la sociedad y a todas las esferas de la existencia humana".(36)* Siendo la automatización una aparente necesidad vital del capitalismo, podría llevar a una situación de creciente desempleo, y acarrear consecuencias negativas. Frente a esto, es muy posible que el sistema capitalista sea capaz de menguar el avance de la automatización, al advertir que es pernicioso para su propia conservación. No obstante eso no puede durar mucho tiempo, puesto que la automatización creciente es una premisa fundamental para el aumento de la productividad del trabajo en la sociedad opulenta.

Marcuse deja una puerta abierta a las posibilidades de cambio social, al confiar en que *"existe la oportunidad de que la crisis económica refuerce las corrientes que contribuyen a la creación de una sociedad libre y humana, y que éstas generen la transformación de necesidades que (...) son el prerrequisito de un cambio social cualitativo".(37)* La sociedad opulenta presenta el fenómeno del trabajo enajenado, que se reproduce de un modo totalmente irracional. Esta irracionalidad soterrada puede llegar a debilitar la base administrativo-represiva de la existencia humana, y alentar el activismo político en pro de la liberación.

Mientras la concepción clásica de revolución la asocia a un desarrollo de las fuerzas productivas, Marcuse se permite hablar más bien de una redirección de la productividad hacia una reducción de necesidades insatisfechas, lo que podría conducir a una reducción del nivel de vida en términos generales. De hecho, una de las más grandes contradicciones del sistema capitalista se manifiesta en *"el impresionante aumento de la productividad y el uso destructivo que se hace de la misma, es decir, la contradicción entre la productividad disponible y las formas y métodos para usarla de modo normal dentro de un marco de un mercado económico normal, de aquí la expansión y la estructura militar".(38)*

Un problema sobre el que especula Marcuse es el de qué ocurrirá con la liberación del hombre del tiempo de trabajo enajenado, y cuáles serán las posibilidades de su educabilidad. El suponer qué haría la gente en su tiempo libre en una sociedad en que no fuese necesario el trabajo, es un dilema que no carece de importancia. Se supone que en una sociedad libre, los propios individuos deberían ser capaces de decidirlo. En la sociedad opulenta, se destinan muchos pensamientos y recursos para la organización del ocio, ya que *"el tiempo de ocio, el tiempo libre, es peligroso para el sistema existente si en verdad lo es; es decir, si el hombre realmente puede ser él mismo y estar consigo mismo, y si tiene la capacidad de reflexionar acerca de sus posibilidades humanas".(39)* El tiempo

libre según el canon de la sociedad opulenta es el tiempo de descanso requerido por el trabajo enajenado, pero el auténtico tiempo libre debería ser un tiempo en que en que el individuo desarrolle sus facultades en forma autónoma. Una vez afianzado el progreso de la sociedad tecnológica, la apelación romántica a las formas de trabajo artesanal adquiere un cariz dudoso. En cambio, ocurre que

“en una sociedad libre el nuevo desarrollo cualitativo debe descansar, no tanto en el reino de la libertad fuera y más allá del proceso tecnológico, sino en el mismo proceso social de trabajo como proceso tecnológico, por ejemplo, en la reestructuración total de las ciudades, en la restauración de los medios rurales, en vencer la violencia de la industrialización”.(40)

Un planteo como el de Marcuse se propone explicar la agresividad presente en la sociedad industrial modernizada, diciendo que, a pesar de sus trazas de proveedora de confort y estabilidad, ésta sociedad imparte en el fondo un rígido sistema de reglas connivente con el anticuado modelo de la *“lucha por la existencia”*. Este modelo (que supuestamente implica la autopreservación de ese sistema) es lo que inspira la utilización del progreso técnico como instrumento político para la preservación del sistema. Las satisfacciones y libertades de la sociedad opulenta son obstáculos para la verdadera felicidad humana: la satisfacción superficial esconde la frustración y el odio, que incrementan los fenómenos de agresividad. ¿Por qué ocurre esto? Porque aparentemente, hay en la sociedad opulenta un desequilibrio entre los instintos primarios, que hace que las fuerzas destructivas se impongan sobre los impulsos eróticos. Esto se ve exacerbado por la aparición de elementos técnicos que difieren la relación entre el individuo y el supuesto blanco de su agresión, lo que genera frustración, que se traduce en agresión repetida e incrementada. El sistema de la sociedad opulenta se vale de los medios que tenga a su alcance para evitar que las fuerzas sociales puedan aproximarse a la expresión de sus potencialidades reales. Uno de tales medios puede ser la estigmatización y el vilipendio de algún enemigo real o supuesto, del que se propone una imagen exagerada y distorsionada.

La racionalidad tecnológica característica de la sociedad opulenta inhibe la espontaneidad y fomenta modos autoritarios de interacción política y social. El aparato técnico es útil a los efectos de producir una serie de objetos superfluos de consumo: esto favorece la sensación de falsa satisfacción que contribuye a sujetar las posibles vías de emancipación, lo que, sin embargo, tiene el efecto de acumular frustraciones que incentivan la agresividad. La contradicción entre la acumulación material y las posibilidades en aumento y el uso represivo de los bienes y del dominio son un punto crucial al momento de explicar la génesis de la agresividad individual y colectiva. La reproducción de formas represivas de trabajo y el cercenamiento de la autonomía que son propias de la expansión económica de la sociedad opulenta conducen a la agresividad y las tendencias destructivas, por lo que Marcuse cree advertir una relación entre

agresividad y procesos de automatización-estandarización. Los sentimientos frustráneos proceden, otrosí, del acotamiento de las esferas en que un individuo es capaz de tomar decisiones.

El hecho de que Marcuse apele a explicaciones sobre los orígenes de la agresividad que descansan en la tesis del impulso erótico, o de la pulsión de muerte, hace pensar en la creencia en un trasfondo inconsciente o instintual para dar cuenta de los fenómenos de agresión. No obstante, por otra parte, es innegable que la serie de argumentos que ofrece para entender la agresividad en la sociedad industrial contemporánea responde a una concatenación, más o menos ordenada, de circunstancias del mundo exterior. Puede entenderse que esas circunstancias obren sobre el individuo produciéndole una serie de desajustes, por ejemplo, la represión de impulsos eróticos, frustración, exasperación y nerviosidad. ¿Habría luego alguna reserva en ese trasfondo instintual que permita contrarrestar los males de la circunstancia exterior? Si todas las fuentes de la agresividad fuesen debidas a los males de la modernización social, no se verificarían agresiones en las sociedades llamadas "*primitivas*". Pero de hecho, ocurren, aunque pueda alegarse que en menor medida. ¿Entonces la determinación de un medio social no puede abolir por completo los actos de agresión? Da la impresión de que no: cuando mucho, en su versión óptima, una sociedad puede reducir la agresividad al mínimo posible. Parece que hubiese que confiar en que esas fuerzas eróticas o tanáticas tienen siempre una vigencia, aunque variable. El hecho de que Marcuse acepte ciertas explicaciones sicologistas acerca del origen de la agresividad, redundante en que no sea optimista con respecto a la posibilidad de una sociedad altamente pacífica. Con todo, las condiciones de paz mejorarían en una realidad social no capitalista, no enajenada y no opresiva. La propuesta de Marcuse oscila entre un lúcido, aunque a veces nebuloso, análisis de las condiciones de vida en la sociedad opulenta que tienden a fomentar la agresividad, y una falta de pronunciamiento en lo que atinge a la agresividad como hecho existencial primario, a manos de las hipótesis de la psicología que, con todo lo admisibles que puedan ser, tienen un dejo de especulación. Si soy malo en virtud de mi inconsciente y no puedo remediarlo, estoy justificado para no ser lo suficientemente bueno. Tal presunción puede llevar a un quietismo que inhiba las posibilidades de cambio social y conduzca a los individuos a vivir muellemente buscando el mal menor, al disfrutar, por ejemplo, de los beneficios relativos de un estado social de bienestar. De ser así, no sólo las condiciones exteriores llevarían al individuo a una situación de conformismo e inacción. Por otra parte, el individuo persuadido de que sus perspectivas de mejoría no son altas, (puesto que está naturalmente determinado para la agresividad), no se esmerará en demasía para volverse más pacífico.

Los planteos de Marcuse recobran su vigor toda vez que se piensa en los avances tecnológicos de la sociedad modernizada, y su relación con los fenómenos de agresividad.

Eso puede advertirse en la forma en que Rolf Denker caracteriza lo que él llama “*la tesis marcusiana sobre el aumento de la agresión*”:

“en la moderna sociedad industrial, la agresión se vuelve además agresión técnica. Es mediatizada por aparatos técnicos. El blanco de la agresión ya no es destruido directamente por el hombre, sino por un objeto: un misil, un cohete, un auto, etc. Por medio de esta abreacción instintiva mediante aparatos técnicos no se logra la satisfacción, sino que se generan nuevas frustraciones que exigen repetición e intensificación. Simultáneamente se desplaza el umbral de responsabilidad; no es el hombre quien actúa sino la máquina (...) además, se elimina la inhibición de matar, afín a una instinto, cuando el adversario ya no es visible”.(41)

Puede ocurrir, como en efecto parece desprenderse de los planteos de Marcuse, que haya formaciones sociales que sean más conniventes que otras con los impulsos de amor y favorezcan el desarrollo de las potencialidades. Empero, suponiendo que este impulso de amor fuese una especie de cualidad oculta que sólo se conociese por sus efectos, ¿En qué forma podría averiguarse cuál es la formación social que mejor se adapta a las demandas de ese impulso? Por otra parte, la forma de razonar de Marcuse parece solvente si se la reconstruye de este modo: (i) es una cuestión de hecho que la sociedad occidental modernizada presenta unas cotas de agresividad más altas que las otras sociedades existentes, por lo que es dable pensar que (ii) lo que hace que esta sociedad sea más agresiva debe ser una cualidad que se presenta en ella y no en otras. El problema estriba, acaso, en que las diferencias entre la sociedad occidental opulenta y las sociedades primitivas son una colección de la que es difícil aislar un solo elemento que sea determinante. Así, habría que creer que será altamente agresiva una sociedad que tenga las cualidades a, b, c, identificables con cualidades de la sociedad opulenta: puede ser que la agresividad esté basada en un agregado de ellas, pero de todas formas permanecería como algo incógnito el saber en cuáles sí y en cuáles no. Por otra parte, la verdad de la premisa (i) no parece ser algo establecido, supuesta la dificultad para medir la agresividad de cada sociedad y compararla con otras de una manera confiable.(42)

No sería justo, de todos modos, atribuir a Marcuse la tesis de que la sociedad opulenta es la única que presenta un alto grado de agresividad. La antropología cultural nos informa sobre sociedades agresivas como los *yanomamo* o los aborígenes de la Tierra del Fuego: esas sociedades no incluyen los rasgos que, en la sociedad opulenta, se presentan como causas de la agresión. Entonces pueden notarse, por parte baja, varias cosas. No hay una única forma de sociedad agresiva, y no hay elementos que sean condición *sine qua non* para la aparición de la conducta agresiva. La intención de H. Marcuse probablemente sea la de consignar que hay elementos inéditos en la sociedad opulenta que predisponen a la agresividad, lo que no puede probarse hasta tanto no se eliminen de la sociedad opulenta tales elementos y se compruebe si la agresión persiste o no. El punto es que, para entonces, la sociedad opulenta habría dejado de ser lo que es.

Por otra parte, Marcuse sugiere que las sociedades aún no desarrolladas, serían las más aptas para cambiar la pauta de represión imperante en el industrialismo modernizado.

El pensamiento de Marcuse sobre la agresión es un intento típico de aplicar a la realidad nacional y mundial el modelo de la frustración tal como opera en la esfera individual: las sociedades frustradas determinan individuos frustrados, y a la inversa. Este esquema sólo podrá ser explicativo hasta cierto punto: la política del poder, las relaciones entre estados y diversas fuentes de presión, el nacionalismo, el militarismo, la pobreza, y muchos intereses que afectan el comportamiento de una sociedad para sí misma y para con otras, meterán baza, seguramente, en la explicación de los fenómenos de agresividad, más allá del modelo aceptable –aunque difícil de confirmar- de que la vida pacífica depende de un sutil equilibrio entre las energías instintivas que dirigen al individuo y las formas de organización en que tales energías se expresan.

Notas

- (1) Verguez, A. *Marcuse*, Bs. As., Paidós, 1973, pp. 33-34.
- (2) AA. VV. *La sociedad industrial contemporánea*, Bs. As., Siglo XXI, 1969, p. 54.
- (3) *Ibíd.*, p. 56.
- (4) *Ibíd.*, p. 58.
- (5) *Ibíd.*, p. 64.
- (6) *Ibíd.*, p. 67.
- (7) *Ibíd.*
- (8) Marcuse, H. *La agresividad en la sociedad industrial avanzada y otros ensayos*, Madrid, Alianza, 1971, p. 102.
- (9) *Ibíd.*, p. 103.
- (10) *Ibíd.*, p. 104.
- (11) *Ibíd.*, p. 106.
- (12) *Ibíd.*, p. 108.
- (13) *Ibíd.*, p. 110.
- (14) *Ibíd.*, p. 111.
- (15) *Ibíd.*, p. 114.
- (16) *Ibíd.*, p. 115.
- (17) *Ibíd.*, p. 116.
- (18) *Ibíd.*, p. 117.
- (19) *Ibíd.*, p. 120.
- (20) *Ibíd.*, p. 121.
- (21) *Ibíd.*, p. 122.
- (22) *Ibíd.*, p. 124.
- (23) *Ibíd.*, p. 125.
- (24) *Ibíd.*
- (25) *Ibíd.*, p. 126.
- (26) *Ibíd.*
- (27) AA. VV. *La sociedad industrial contemporánea*, Bs. As., Siglo XXI, 1969, p. 69
- (28) *Ibíd.*, p. 70.
- (29) *Ibíd.*, p. 71.
- (30) *Ibíd.*
- (31) *Ibíd.*, p. 77.
- (32) *Ibíd.*, p. 79.
- (33) *Ibíd.*, p. 81.
- (34) *Ibíd.*
- (35) *Ibíd.*, p. 83.
- (36) *Ibíd.*

(37) *Ibíd.*, p. 84.

(38) *Ibíd.*, p. 87.

(39) *Ibíd.*, p. 88.

(40) *Ibíd.*, p. 89.

(41) Denker, R. *Elucidaciones sobre la agresión*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973, p. 173.

(42) Hay que advertir que el modelo de la determinación individual no resulta más claro. F. Hacker, en una entrevista a Marcuse, dice que “desde el primer momento, los impulsos se mezclan con los mecanismos de defensa dirigidos contra ellos; además aparecen todas las aleaciones, fusiones, mezclas y disociaciones posibles entre formas libidinosas y formas agresivas, condicionadas además por organizaciones internas y externas, o sea por los condicionamientos sociales. En otras palabras: la energía instintiva como tal se transforma, se pospone y se metamorfosea, y, aunque alimenta las distintas manifestaciones instintivas, no se puede desligar de ellas sin más ni más, o ser extraída por filtración de las mismas, para determinarlas cuantitativamente. Hacker, F. *Agresión*, Barcelona, Grijalbo, 1973, p. 430.

Recibido: 31 de mayo de 2012.

Aprobado: 26 de septiembre de 2012.